



ROLANDIN

POR

FELIX DAHN

(Continuacion)

No el amor, pueden ser estirpados.
Si almas que vibran al mismo tono
Se ligan frente de Dios al trono
Con relijioso, santo pavor,
Eterno entónces es el amor.
Perenne entónces es, bella mia,
Su deliciosa, sacra armonía.
Leyes honores, poder, gobierno,
Son solo humanos, nada de eterno:
Los modifican tiempo i lugar,
En una noche suelen cambiar;
Pero que se amen hombre i mujer,
Eso el eterno Dios lo ha prescrito,
Está con astros arriba escrito,
Eso no puede dejar de ser.

Sé que trabada mi vida se halla
 Con honra i leyes en cruel batalla;
 Sé que me espera funesta suerte:
 ¡He aquí mi cuello; venga la muerte!
 Pero si tu alma, bien adivino

.....
 Ella, estrechando su mano, tierna
 Dice: Comparte fiel tu destino
 La que has llamado tu esposa eterna.

III

«No temas, riendo dice él, mi vida,
 Que aquí el alcance tan presto den.
 Desde la hora de nuestra huida
 De Aviñon, todo nos sale bien.
 No has quebrantado la fé filial;
 Tus padres gozan paz sepulcral.
 Solo el obispo ve con encono
 Que su sobrina fuga, ante el trono,
 Del poltron hijo de Emperador;
 Que en favor mio ¡feliz mortal!
 Ha cautivado su alma el amor.
 Tu blanco Dardo, corcel sincero,
 Como nos trajo, raudo al castillo,
 Socio en la fuga, cuánto lo quiero!
 Grata, a montones, en su rastrillo,
 La mies dorada mi mano vierte.
 Pero parece que mas le place
 —Con su relincho jovial lo advierte,—
 Melena i cola que le entrelace
 Con gayas cintas i anillos de oro.
 Como engalana su alfana el moro.»

Rolandin clama: «Mayor delicia—
 «Como su amo,—mi Dardo siente,

Si su enarcado cuello i su frente
 Tu jenerosa mano acaricia.—
 Pero la dicha mas alta nuestra,
 De la Aventura la obra maestra,
 Es que en reciente lid yo ganara
 De los infieles esta almenara!»

—«¿Algún rei moro de gran valía
 Tu fuerte lanza desarzonó,
 I perdonado por tu hidalguía
 Esta alta Guardia te regaló?»

«Eso es ¡Un fuerte nunca espugnado
 I—lo que tiene de maspreciado—
 Desconocido, del mundo aparte,
 Bella Yolanta, te hallas segura,
 Como en el cielo, sobre esta altura.
 Solo conoce nuestro sijilo
 El viejo amigo, servidor fiel,
 De alma probada: nuestro Fidel,
 A quien la vela fié del asilo.
 —¡Ningun querube mejor guardian
 Que el escudero fiel de Roldan!—
 «No hallará Cárlos con sus lejiones
 Sendas que alcancen estas rejiones,
 I si a encontrarlas llegase un dia,
 Desde la torre me reiría,
 Que en el estrecho desfiladero
 Basto al ataque del mundo entero.
 ¿Por sed sitiarnos? ¡Empresa vana!
 Que aquí la fuente perenne mana.
 Si nos reservan el fin amargo
 Del hambre, tienen que aguardar largo,
 Que subterránea via escondida
 De aquí da al campo i al mar salida.
 Fidel ha hecho por el pasaje,
 Con sus vituallas ya mas de un viaje;

I en la caverna del torreón,
Do bullen aguas que eternas son,
Inagotable yace un tesoro,
Acumulado botín del moro,
Que dará medios de proveer
Cuanto podamos apeteer.
Por siempre estamos aquí salvados:
Deseche tu alma negros cuidados
Si no los busco, ni hai riesgo de ello,
Dice riendo, que me va el cuello,
Nadie a amagarnos vendrá a la cima.
¡Cobra alegría! Tu pecho anima!
Ya para siempre cubrí mi espada,
La victoriosa, la paternal.
Repose, al cabo, mi Durandal
De frescas rosas enguirnaldada.
Ven i al son canta del arpa de oro
Que en los ajuares hallé del moro».
I por la rica cinta de plata
Le tiende el arpa: de su ancha bata
Ella arremanga la seda pura.
Es alba i tersa la fina seda.
Mas en albores como en tersura
De aquellos brazos mui atrás queda.

«Canta el romance, dice él, festivo
De comó amante par fujitivo,
Sobre el caballo que aquí le trajo
Su matrimonio feliz contrajo:
Cómo topamos un padre gordo,
Cómo de él luego me apoderé
I él las orejas se tapó sordo;
Cómo las manos le separé
I hasta el fin luego forzado oyó
Lo que yo i tú i tú i yo
Le declaramos solemnemente:

Que unirse ansiaban de Dios al frente
 Rolandin joven, Yolanta hermosa
 Como a estos nombres, en polvorosa
 Se puso el fraile con tanto afán,
 Tan azorado por aquel trance,
 Que cual si el diablo le diera alcance,
 Sin detener llegó a Aquisgran.
 I, sin embargo, según derecho,
 El matrimonio quedó bien hecho».

«Prefiero ¡oh! dueño, que tú me cantes;
 Con qué delicia cantar te oyera
 Aliterados versos vibrantes
 Que te enseñara Naims en Baviera:
 Aunque de rimas estén privados,
 Salen con tanta pompa i vigor,
 Como jinetes que entran bardados
 En la palestra buscando honor».

Ella se apoya sobre él, en tanto
 Que él tañe el arpa i entona el canto:

«Ante todo en la tierra
 Precioso me parece
 La belleza brillante,
 La mágica mujer:
 Suave como soplo
 De vespertino viento,
 Amable cual aurora
 De primavera plácida,
 Tan tierna como trinos
 Da alborozadas aves.
 Antes por alegrarlo
 La Deidad dadivosa
 Mandó al mundo mujeres
 Dechados de donaire.
 Mas mayor maravilla

En tí tuvo la tierra
Al verte venir vírjen
De gracia engalanada,
Mudo un momento el mundo
Paralizóse en pasmo
De gozo, i gritó luego:
¡Sér sublime, ¡salud!»

La niña el arpa coje lijera
I habla sonriendo, de esta manera:
«Escucha ahora la cancion mia!
No es cual la tuya soberbia i grave;
Pero acaricia tierna i süave
De consonantes con la armonía.
En la bretona selva sombría,
Que bate el Boreas i mece el Austro,
Cuyos retretes son las moradas
De ruiseñores i hermosas hadas,
Crecí en la regla de austero claustro
Allí en el templo, del sacro coro,
A monacales devotos labios
Oí las rimas, canto sonoro
Que fué inventado por monjes sabios,
En tierra estraña del mediodía
Para la mística letanía!
Es su cadencia tan dulce i llena,
Que, como canto de ánjeles suena,
En alabanza del Creador.
En él palabras eslabonadas,
Como dos almas enamoradas,
Osculos dánse con tierno ardor.
Aunque inventado para el Señor
Aprender quise su arte divino
Para un profano, dulce destino:
Cantar las glorias del blando amor!
Vé como presto cumplí el deseo,

Oyeme ahora como lo empleo:
 ¿Dónde en los ámbitos del mundo
 Hai cual mi héroe un segundo,
 Ni mas selecto acero?
 Su cabellera, corazon,
 I fiel palabra de oro son:
 Juró ante Dios sincero!
 I es mio todo entero!

Cual manantial que se derrama,
 Sin fin corriendo va la fama
 De su inaudito arrojó:
 Su dulce voz ¡cómo acaricia!
 I ¡ai! cómo besa con delicia
 Su ardiente labio rojo:
 ¡Es cual mi sol su ojo!»

Por la enlazada cinta de plata
 El arpa entónces, él arrebatá.
 «¡Ah mente mia, dice, insensata;
 No aprender ántes con tal maestra!
 Ahora escucha como esta diestra,
 Que hasta hoi solo manejó acero,
 Pulsa las cuerdas en tu alabanza.
 ¡Amor inspira noble confianza!
 Así te canta tu compañero:

«¡Cuán bella eres! ¡cuán hermosa!
 De tu figura noble emana,
 Como armonía melodiosa,
 De gracia, fuerza soberana.
 ¡Cómo trascienden tus guedejas!
 ¡Cuán clara brilla tu alba frentel
 Trazó soberbias Dios tus cejas
 Cual su arco íris esplendente.
 Pero, ante todo, peregrino

Es tu ojo amable, ser divino,
En azulado blanco nada
Su luminosa niña oscura,
I solo iguala su dulzura
De la gacela la mirada.
¡Cómo te adorna la perfecta,
Tallada en mármol nariz recta!
La mano sigue con delicia,
Las blandas formas ovaladas
De tus mejillas nacaradas,
Que solicitan la caricia.
Tus labios rojos, no mui gruesos,
La fresca boca tiene aparte
I paso libre da a los besos:
Que hai a menudo que besarte!
Como las filas de los Francos,
Alineados, relucientes,
Juntos i firmes son tus dientes,
I mas que el noble marfil blancos.

Ved en la barba lindo hoyuelo;
Un duende acecha desde el fondo.
Es blanda onda del anhelo
Tu pecho jóven i redondo.

¡Cómo descende la cascada
Lustrosa, oscura del cabello
A la garganta, que torneada
Va hasta el soberbio i albo cuello.
¡Cuán fino el talle se diseña
Bajo el dorado cinturon!
Tu blanda mano, ¡cuán pequeña!
I aun no termina mi cancion:
Que ántes es justo que se abaje
Al pié mas breve su homenaje,
Bajo cuyo arco levantado
Un pajarillo cabe holgado.—
Mi cancion sale débil, floja:

No está a la altura del asunto!
 La rosa fresca ¿quién deshoja
 Para trazarle fiel trasunto?
 Nunca admiremos en detalle;
 Solo es perfecto tu conjunto:
 Mas vale, entónces, que yo calle
 I esclamé: ¡Salve de Natura
 La mas hermosa criatura!»

Diz que llegada la conclusion,
 Recibió un beso por la cancion.

Del verde césped ya se levantan
 I el uno en brazos del otro cantan:

Yolanta.

«No es desistencia rima de amor»—

Rolandin.

«Quien así rime no ame mejor!»

Yolanta

«Quien amor rima con desistencia,»

Rolandin.

«Pase en el claustro santa existencia,»

Yolanta

«Tu alma es diamante»

Rolandin

«Que, ni el poder

De dioses ni hombres podrá romper,»

Yolanta

«Lo felizmente cumplido ya,»

Rolandin

«Irrevocable siempre será.»

Yolanta

«Así se fija la humana suerte.»

Rolandin

«¡Premio mas alto lleva el mas fuerte!»

Yolanta

Florece en simas la Alpestre-Rosa.»

Rolandin

«La Blanca Noble junto á la fosa.»

Yolanta

«Si el hado adverso su rueda avanza»

Rolandin

«Y al hondo abismo cruel nos lanza»

Ambos

«Nos hundiremos sin un jemido:

Que así lo hemos ambos querido!»

IV

Y vuelan meses.—Y siempre igual
 En su retiro, como en un cielo,
 Es para ellos del tiempo el vuelo:
 Ni el día cuentan ni la semana:
 Que en torno suyo la dicha mana
 Sin que un instante pare el raudal.
 Así el concierto celestial,
 Porque es perenne, no es percibido
 Por el oído ya acostumbrado.
 De los mortales allí alejado
 El par eterna ya se imagina
 De sus amores la paz divina.
 Pero un buen día que Rolandin
 Se encuentra solo por el jardín.
 Porque ella cuida dentro el verjel
 Sus caras rosas, llega Fidel
 Con alterado triste semblante:
 «Yo lo dejara de esto ignorante.»
 Entre sí dice; pero se agrega:
 «Y ¿si á saberlo muy tarde llega?
 Para su espada misma muy tarde?
 No habrá reproche que no me aguarde!
 Odiar debiera yo esta mujer
 Que á mi noble amo lleva al abismo;

Mas al mirarla siento yo mismo
Que me perdiera por ese ser!

«¡Fidell el jóven grita, turbado
Traes el rostro; dí ¿qué ha pasado?
No está aquí ella, ni escucha; en torno
¿Por qué escudriñas tan azorado?
¿Qué mal anuncias con tu bochorno?»

—«Nada tu dicha, Señor, amaga
Que no la alcanza ninguna plaga,
Donde, cual astro, tan alto mora;
Pero»...

—«¡Habla presto!»

—«Torno yo ahora
Con provisiones frescas i vino
De la ribera del mar vecino:
I allí he sabido mui tristes cuentos:
La turba alarbe que amedrentada
Se suponía ya por tu espada,
Vuelve a sus mismos atrevimientos.»

Al oír esto, por cuerpo i frente
Cruza del jóven un rayo ardiente:
«¡El sarraceno! ¿Cómo? aun osa...?»

«¡Sí!—«Te suponen muerto, en la fosa;
Se ha evaporado, desvanecido,
El que entre todos es mas temido,
De la morisma por su valor,
Desde que muertos sus paladines
Viera en su torno mi Emperador.
De España i Africa los confines
Por eso dejan; de sus retretes
Hanse lanzado ya sus jinetes!
Ya han...»

—«¿Qué han hecho?»

—«No es tu fortuna,

Lo que amenaza la media luna!»

—«¿Qué han hecho?»

—«Italia se halla invadida

Por la corsaria turba atrevida;

Remontó el Tibre; llegó Mahoma

A Roma misma...»

—«¿Qué pasa en Roma?»

—«Señor, las venas hinchán tus sienas.

En estas cosas ¿qué interés tienes?

—«¿Qué pasa en Roma?»...

—«Cayó el muro alto

De los infieles al fiero ásalto!

Está por tierra del Papa el solio;

Han capturado ya el Capitolio;

I del Santo Anjel urje en el fuerte

Al Santo Padre riesgo de muerte!»

Aun mas del jóven se anubla el ceño:

«Sí ¡me conduelo del Padre Santo!

Mas a mí en Roma no me va tanto.

Yo con el Papa no tengo empeño;

Yo soi un Franco, no soi Romano.

Que la invasora corsaria jente

De su vicario, del vaticano

I de su tumba, San Pedro ahuyente.

El puede hacerlo mui fácilmente.

Si yo en auxilio del Papa fuera,

Hecha mi hazaña la olvidaria,

I luego a Cárlos me entregaria

I a mi Alta Guardia jamas volviera.

Nó! a Roma arrasen hasta su planta;

Yo aquí me quedo con mi Yolanta!»

—«Bien lo pensaba, ya lo sabia,

Que alzarte Italia no lograria;

Lo anunciaremos. No te incomodo»...

—«¡Detente! Aguarda! Tu descompuesto

Rostro te vende: No es eso todo.
 Algo aun sabes! dímelo presto;
 ¿Qué es esto, anciano, persistes mudo?
 Debo dos veces preguntar yo?
 Desde que cargas con el escudo
 De Roldan nunca tal sucedió!»

Cae de hinojos el servidor:
 A las rodillas de su Señor
 Se abraza i ruega con su ademán:
 «¡Oh no lo sepas! buen capitán!
 Deja, consiente que hoy enmudezca;
 Tu dicha evita que aquí fenezca.
 No es en tu daño lo que sucede,
 Nadie en tu asilo forzarte puede.»
 «Pero»...

—«Habla presto; saberlo quiero!»
 En pié lo ha alzado su enojo fiero!—
 «Sin reticencias habla, cuitado!
 Dímelo todo! Te lo he mandado!»
 —«¡Oh, Señor mio, quién jamás pudo
 Prever tal pena, golpe tan rudo!
 La Italia entera no solo agosta
 La turba impía; ya, en su arrogancia,
 Cual del desierto voraz langosta,
 Cae en bandadas sobre la Francia!»

—Lívido el joven oye.

—«El Sultán

Dijo: no existe ya Rolandin!
 Verán ahora que hasta Aquisgran
 Con sus jinetes va Nurredin!
 I de guerreros con muchedumbre
 Nunca ántes vista, sale de España,
 Del Pirineo salva la cumbre,
 En la española Marca se ensaña,

No tropezando con resistencia,
 Pasa delante de Carcasona,
 Tala los campos que el Aude baña
 Hasta Tolosa con gran violencia
 E impetuoso corre al Garonal
 De la Provenza ya el paraiso
 Convierte en yermos hasta el Durance;
 Del fuerte Nimes a darle alcance
 Luis, flojo siempre, sale remiso.
 Lo roza un dardo i huye sin freno.
 Arden ahora, como arde el heno,
 A llamaradas la Septimania,
 La gran Vasconia, media Aquitania
 En el incendio del Sarraceno.
 El llanto a mares no lo sofoca;
 De los infieles la furia es loca:
 Profanan templos que en sangre anegan,
 Niños cautivos, sin piedad ciegan
 I de las costas con vil jactancia,
 De sus haremes para los goces
 Ignominiosos, roban feroces
 Las nobles vírjenes de la Francia!
 ¡Esto provoca tus iras, Cristo,
 Un hombre en Ceta jura haber visto
 Que a la sobrina del buen Didiero
 I ¡ai! a la hija misma de Ogiero,
 Encadenadas las trenzas de oro
 A sus arzones, arrastra el moro
 Por lodazales, como botin,
 Para el regalo de Nurredin!»
 —«¿I Carlo Magno?» Como un sollozo,
 Solo este nombre salió del mozo!
 —«¡Oh Dios! es esa la peor afrenta
 Que hoi al Imperio Franco atormenta!
 Al mismo Cárlos desbarató!
 Sin parar mientes en que es anciano

A la defensa con Naims voló.
 Las dos cabezas de pelo cano
 Al ver al frente, tembló el pagano,
 Al lado de Arles en la llanura,
 ¡Ah! como arrollan con sus mandobles
 Al Africano nuestros dos nobles!
 Vé la victoria Cárlos segura
 El Oriflama batir ordena,
 Claro su grito de guerra suena! . . .
 «¡Ah Montjoie Cárlos!» clama vibrante
 Rolandin: «Sigue, sigue adelante!»

—«¡Cómo con voces i jestos fieros
 Inflama el pecho de sus guerreros!
 Cerrad mas fuerte mis paladines!
 ¡Poned las almas en los aceros!
 ¡Yo señoríos os doi insignes!
 ¡Es por la Iglesia, por Dios Eterno!
 ¡A los cobardes trague el infierno!—»
 «I en el tumulto de la pelea
 Su arma...»

«Joyense»

—«Relampagueal

Sin que les valgan las armaduras,
 De los turbantes a las cinturas,
 Cinco jerifes ha ya partido:
 Mas cuando al sexto fiero arremete
 I el golpe alarga sobre su almete,
 Falto de fuerzas i sin sentido
 Cae de espaldas, pero no herido,
 De su probado, viejo corcél.»

—«¡Oh Tezenduro! bridon tan fiell
 I yo, entretanto, ¿dónde me hallaba?
 ¡Aquí, en seguro, me solazaba!»

—«Naims de Baviera corre en su ayuda,

De entre las flechas libre le saca.
 I con su propio pecho lo escuda.
 Pero ya el Moro, como advertido,
 De que el cristiano Jefe ha caído,
 Con algazara, mas recio ataca.
 I se desbandan nuestras lejiones...
 —«¿Dó estais heróicas tradiciones?»
 —«¡Huyamos!» gritan: ¡«Cárlos murió!»
 —«¿I en dónde? ¿en dónde me hallaba yo?»
 —«Naims de allí salva con duras penas,
 Por siete heridas sangran sus venas...»

—«Naims, padre mio! ¡Quizás ha muerto!»
 —«Con lo salvado del desconcierto.
 Por una senda que borda el mar.
 Se ha ido Cárlos a refujiar
 En un castillo, junto a Narbona;
 Pero a los Moros el triunfo encona,
 I hasta las puertas del campamento
 El mismo dia llega su enjambre.
 No hai para Cárlos, ya salvacion:
 Antes que el Moro, será el tormento
 Mas insufrible, la feroz hambre,
 Lo que le imponga la rendicion.»

—«¡I en dónde te hallas; oh Rolandin!»

—«Por eso jura ya Nurredin,
 Al son de adufes i de trompeta
 I por las barbas de su profeta,
 Que en una jaula, como un azor,
 Colgará a Cárlos, nuestro Señor,
 En la Mezquita de su Granada,
 Al pié del alta Sierra Nevada,
 Donde las chusmas a su sabor
 Puedan befarlo i en sus jaranas
 Tirar sus barbas luengas i canas!»

—«Detente; a esto Rolandin grita;
 Comprime, presa de mortal cuita,
 Con ambas manos su corazon:—
 «Todo esto ingrato sobre él yo traje!
 Fiel, le ahorraría tamaño ultraje!»

¡Ai de mí, triste! ¡Qué confusion!
 ¿Qué hago? Qué dejo? ¡Dura eleccion!»

Con ambas manos cubre su cara,
 No vé a Yolanta que del rosal
 Viene lijera i ante él se para:

—«He aquí tu espada ¡Tu Durandal!»
 Con mano firme le da la esposa;
 —Aun ligada lleva una rosa—
 «Óilo todo! Qué! ¿En dudas te hallo?
 De Roldan no eres el heredero?
 ¡He aquí tu espada! Pronto a caballo!»

Rápido él coje su noble acero;
 De su ojo irradian con lumbre pura
 Tanto entusiasmo como ternura:
 «¿Cómo? Tú misma? Tan jóven? Cuando...»

—«Ya deberías ir cabalgando!»

—«I tú?»

—«Contigo!»

—«¿Cómo? ¿hasta en medio
 De aquel furioso, bárbaro asedio?»

—«Soi de Oliveros! bien puedo ir!»

—«Luis rencoroso nos perderá!»

—«Contigo alegre sabré morir!»

—«Si tu belleza... por fuerza...»

—«Ah!

Vive tranquilo ¡Nunca a tu esposa,
 Tocaré otro hombre, i si alguno osa...

Con una daga se abre una fosa!

Yo al blanco Dardo sabré embridar.

Si aquí nos trajo cual fresca brisa,

Nos lleve ahora con mayor prisa,

Que honor i patria se va a salvar!

A dormir siempre despues vayamos

En una tumba juntos los dos!

No te veremos mas; ya bajamos:

Dulce Alta-Guardia, queda con Dios!»

V

La franca hueste se halla oprimida;

En fuerte i campo la tiene urjida
 El cerco estrecho de los paganos,
 Cárlos i el Duque cual dos hermanos
 Descansan juntos en una tienda,
 Cambia el Monarca con propias manos,
 A Naims heridó la usada venda.

Con ojos turbios, enternecido,
 Dice éste:—«El caso mas duro ha sido
 El así verme por vos servido.»
 —«Tú de entre todos mis paladines
 Solo me quedas; te recompenso
 Aquellos golpes de espada insignes
 Con que forjásteis poder inmenso
 Con vuestras armas, sangre i recato
 Me sujetásteis medio hemisferio!
 Hoi de los Francos soberbio imperio!
 I un César justo sabe ser grato!
 El hijo mio nació en el trono
 I piensa que esto basta en su abono.
 ¡Oh dolor! nota de acerba hiel!
 ¡Mi último dia penetra cruel!
 —«¿Tu último dia?»

—«Sí, amigo, sí;

Nuestra existencia termina aquí!
 Luego que te halles bastante fuerte
 I capaz seas de cabalgar,
 Ambos en busca de honrosa muerte
 Saldremos juntos a pelear!
 ¿Prefieres de hambre morir cautivo?
 ¿Caer en manos del infiel vivo?
 Señor Dios! ansias siento violentas
 Ya de encontrarte i ajustar cuentas.
 ¿Los muchos años premias así
 Que rubio i cano, que viejo i mozo,
 Infatigable, luché por tí?
 Desde que apenas me apuntó el bozo,
 No en mi provecho, por solo honraros,
 He combatido con mis lejiones:
 Wendes, Daneses, Sorbios, Avaros,
 Moros i muchos, muchos sajones.
 ¿Sus invasiones has olvidado?—
 Que en propia sangre te he bautizado!

I ahora, en pago, Dios Uno i Trino,
 Dios Padre, Hijo, Verbo Divino,
 I sobre todo, tú, Pedro Santo,
 Por quien ferviente yo hiciera tanto,
 ¿Pensais dejarnos en la estacada?
 ¿Qué, sin nosotros, será del Mundo?
 Sin los piadosos Francos, aislada
 Tendrá tu Iglesia duelo profundo.»

Naims lo interrumpe: «¿Qué es el sonido
 Que tan solemne llega al oído?»

De nuestros monjes las voces son;
 Cruzan las sendas del campamento
 Sus letanías sembrando al viento.
 Padres i Obispos en procesion,
 Con verdes palmas i cruces de oro,
 Himnos i salmos cantando en coro,
 Pasan al lado de nuestra tienda.
 ¡Su ruego al trono de Dios ascienda!
 Franco i latino ser debe el canto:
 Por nuestra órden así se usa,
 Que esté al alcance de cada Santo.
 I que ninguno tenga la escusa
 De que no entiende lo que le ruegan.
 Ya las palabras distintas llegan:

...«Exaudi nos clementius
 Et o compesce iram!
 Tutelam cur amísimus?
 Et culpam quam commísimus
 Atrocem tam et diram?

...«Escúchanos clemente!
 ¿Por qué tu amor perdimos?
 ¡Aplaca tu ira ardiente!
 ¿Qué culpa cometimos
 Tan atroz e insolente?

Pro tua sola gloria
 Vibramos vimtelorum.
 ¿Cur fugit nunc Victoria
 Püsima tentoria
 Exercitus Francorum?
 «¡Del Franco las contiendas

Son solo por tu gloria!
 Justo es que lo defiendas;
 ¿Por qué huye la victoria
 De sus piadosas tiendas?

Delibera nos! Dissipa
 Arabica portenta.
 Pagana monstra horrida
 Tu Karli manu valida
 Et Francisca cruenta.
 ¡Líbranos Dios! Deshace
 Al árabe inhumano!
 Que al monstruoso Trace
 Cárlos con fuerte mano
 I el hacha despedace!

Tune multa monasteria
 Basilicas, et fana
 Sacrabimus in Gallia
 Et cadent in Saxonia
 Delubra tune pagana.
 Basilica, Santuario,
 Entonce i monasterio
 Consagrará el Ripuario:
 I caerá a tu imperio
 El Sajon tributario!

Martine Turonensis da
 Patrone tu majorum,
 Dionisy, da suffragia,
 Per Cristi vulnera
 Pro populo Francorum!
 Martin, nuestro patron,
 I Dinisio, rogad
 Por la sacra pasion,
 Que tenga Dios piedad
 De la Franca Nacion!»

«¡Ah!» dice Cárlos, «vosotros, Santos,
 No sois de aquellos que se dan prisa
 Que os suplicamos van dias tantos
 I aun el fruto no se divisa.
 ¿Cuándo ayudaisme, por fin, a hender

Estos del diablo primos morenos?
 Si fuérais príncipes, ¡con mil truenos!
 Mi ira os hubiera ya hecho ver!
 Bien merecía, creo, un milagro
 Romper de infieles el cerco estrecho,
 Siquiera fuese pequeño i magro:
 Luego me habria solo rehecho!»
 En esto salta Naims de su lecho
 I al campo apunta de estraño modo:
 «Un gran milagro, Señor, percibo!
 Aunque cubierto de sangre i lodo,
 Llega a nosotros Rolandin vivo.
 Viene a salvarnos el denodado!
 Veo a Yolanta que viene al lado!

Tórnase, Cárlos, con fieros ojos;
 «¿Qué es esto, ¡cielos! ¿aquí el traidor?»
 Ya se halla el jóven ante él de hinojos
 «Sí! Castigadme, mi Emperador;
 Mas no sea ántes que ponga a raya
 La petulancia del invasor
 I a vos i al Reino salvado haya!
 Sé que me aguarda destino cruel:
 Pero ántes gracias, gracias a Dios
 Que, por en medio del campo infiel,
 Indemne casi, me trajo a vos.
 Teneis que hacerme decapitar!
 Mas dejadme ántes, postrera vez
 Mi espada invictá por vos vibrar;
 Que al moro enrostre su avilantez.
 I para esta final batalla
 Fiad a mi mando la hueste entera.
 Resuene el cuerno que a tiempo calla,
 Yo iré adelante con la bandera!
 En la cabeza daré al pagano.
 Caerá el trapo mahometano,
 I vos i el trono se salvarán,
 O no soi hijo del buen Roldan!»

Ya Naims vocea desde la puerta,
 No aguarda a que hable su Emperador.

«Cesó la angustia. Francos, ¡alerta!

Ya sacudimos pena i rubor!
 Rolandin, vedlo, se halla en el Real!
 Viene a batirse cual buen vasallo!
 ¡Ea! ¡a las armas! pronto, a caballo!
 ¡Ah Montjoie Cárlos i Durandal!»

VI

Por Roncesvalles, en este dia,
 Durandal sacia sed de venganza!

Cual rayo el jóven, rompiendo via
 Sobre su Dardo, con gran pujanza,
 De los infieles al medio va,
 Ya los arrolla con fiera saña
 De las riberas a la montaña,
 En todas partes a un tiempo está!
 Ya no hai reposo para el infiel,
 Que huye azorado delante de él.
 «¡Ah! Monjoie, Cárlos!» grita sonoro
 Al ver que en nuevos grupos el Moro
 A disputarle viene la plaza,
 I uno tras otro los despedaza!

De tan intrépido capitán
 En pos alegres los Francos van:
 Del triunfo arrastra la emulacion
 Al Austrio, al Neustrio i al Borgoñon.
 Ya en pié no hai otro que Nurredin
 Con un puñado de Curdomanes;
 Mas tambien paga ya sus desmanes,
 Que en su demanda va Rolandin.
 ¡Furioso el hijo venga a Roldan!
 De un solo tajo corta al Sultan
 La atroz cabeza con el turbante,
 La verde enseña del cruel profeta
 Del fuerte puño que aun la aprieta
 Arranca i grita, con voz vibrante,
 «¡Que para Cristo sea la gloria,
 I para Cárlos esta victorial»

Ya terminada la gran batalla,
 Cabello i casco con sangre unjidos,
 Ante el Monarca de nuevo se halla:

—«Los Sarracenos están batidos;
La Mumadana, la enseña mora
I la cabeza del cruel Sultan
A vuestras plantas, Señor, están.
Haced que espie mi culpa ahora;
Pero... con ella tened clemencia!
Arrebatada fué con violencia...»

—«¡Alto!» interrumpe voz amorosa.
I una alba mano blanda sé posa
Sobre su hendida cota de malla:
—«Curaba al Dardo que en la batalla,
Sobre los lomos una hacha hiriera;
Mas ya reclamo mi parte entera!
Si en la Alta Guardia de la delicia
Señor, me cupo buena mitad,
La mitad pido que aquí, en justicia,
Me deis de vuestra severidad.
Sí, casi toda la culpa es mia:
No fuí arrastrada, Señor, ¡es falso!
Salté a su cuello con alegría,
Con él alegre voi al cadalso!

Cárlos ya blanco ya colorado,
Blanco de pena, rojo de enfado,
Que en él se alternan, escucha: al fin
Alza en sus brazos a Rolandin,
Ló besa tierno; con aspereza
Luego lo aparta de sí, i empieza:
«Duque Naims, oye: que este buen par,
Como mi huésped mas distinguido,
Sea esta tarde mui bien servido.
Con esquisitos vino i manjar
(Le gusta el zumo de Ramezzar,
De Roldan era su preferido)
Mas con cadena de oro se ciña
De que no escapen, que sea fuerte,
Tanto al mancebo como a la niña
Que ella lo exige: los dos culpables
En vida sean inseparables,
Inseparables aun en muerte!
La nueva aurora que se avecina
Ineludible ¡ai! los conmina!

VII

Al otro día del real al frente
 Se hallan los nobles i los prelados
 Acongojados profundamente!
 La mayor parte de entre ellos ama
 Ha tiempo, al jóven de ardiente llama;
 Solo a él deben su salvacion,
 I de juzgarlo tienen mision.
 Cuando en doradas fuertes prisiones
 Al par conduce Naims el anciano
 Cómo despierta las emociones
 Hasta en los monjes de pelo cano!

Así se hablan: «Esa es Yolanta?
 ¡Cuán dulce gracia de ella trasciende!
 ¡Que el mozo ardiera, ya no me espanta!
 ¡Mi pecho mismo su lumbre enciende!
 ¡Ved, cómo mira su ojo indomado!
 ¡Cuán dulcemente ríe a su amado!
 ¡Quién los librara de su cadena!»

¡Oíd! la trompa del juicio suena!
 Ya el trono asciende, Carlos.—Mortal
 Angustia sufre; toca a su fin
 Saluda apenas al paladin
 I con su cetro da la señal.

El taciturno Luis se adelanta.
 Lleno de envidia, tiempo ha devora
 Con ojo en que arde llama traidora
 La codiciada mujer: Yolanta!
 Lúgubre el tono i el ademán
 Siniestro, esclama: «ya raya el día!
 ¡Acuso, acuso de felonía
 Al hijo indigno del fiel Roldán!
 A vuestros propios ruegos i al mio
 La de Oliveros, hija, Señor,
 Me fué acordada por su tutor
 Por el Obispo de Rom, su tío.
 ¿No habeis las arras vos recibido
 Según la lei Franca? Prelado, hablad!»

Jimiendo el monje dice: «es verdad!

Poco es el goce que me ha traído
Solo de Cárlos cedí al pedido».

«No importa!—entónces con la mision.
—Porque yo mismo no pude ir,
Que a la solemne consagracion.
Dé un nuevo claustro debí asistir,—
Fué este mancebo, señor, enviado:
I él—la Doncella me ha arrebatado!
Se ha permitido, siervo desleal,
Poner las manos en novia real.
¡Ahora mismo, ved con qué audacia
Solaza su ojo sobre su gracia!
A pesar suyo sale a su frente
Su orgullo i dicha!.. Nada desmiente!
De los Obispos, de los Vasallos
Requiero ahora severos fallos:
El Palatino Conde, lo exijo,
De la Lei haga declaracion:
¿Qué ha merecido, diga, el felon
Que de su propio Monarca al hijo
Cubre de infamia con tal baldon?»

Ligisnot se alza; tiembla aunque fuerte,
I, en honda angustia, dice: «la Muerte!
Feudo i Alodio juntos rompió!»

Todos confirman su infauta suerte;
No hai uno solo que diga «no!»...

Sobre su trono la alba cabeza
Cárlos se cubre con su áureo manto,
¡«Ai de tu hijo, Roldan!» empieza:
«¡Ai! ¿cuál es de ámbos mayor quebranto?
Hoi en tu prole, por vez segunda,
Té me arrebatata suerte iracunda!
Sobre tu muerte bridon al verte,
Cuando a mis voces te encontré inerte,
I tu Olifante vi destrozado
Del pais de hadas, cuerno encantado,
De Roncesvalles, pensé el dolor,
En mi existencia será el mayor!
Pero hoi angustia mas cruel me acosa;
Que la del padre fué muerte honrosa,

Fué fin sublime:—Mas la del hijo?!
 Aun, en sueños, la voz aguda
 De Olifante oigo, que pide ayuda,
 I con sus ecos tristes me aflijo!
 Hoi con mas honda, terrible pena,
 Desesperado del cielo suena:
 «Tarde llegastes a Roncesvalles!
 ¡Ah! que hoi a tiempo Cárlos te halles!
 No te hagas reo de otro abandono.
 Salva a mi hijo del vil cadalso,
 Si no te acuso de ingrato i falso
 De Dios Eterno delante el trono».

«Eso mis fuerzas, Roldan, excede:—
 Ni yo, ni nadie, nadie lo puede!»

Prorrumpe entonces en fuerte llanto,
 I se estremecen todos de espanto;
 Que jamas ántes tal sucediera
 Que alguien a Cárlos llorando viera.
 Nobles i Obispos suéltanse ahora
 I todo el mundo vencido llora.
 Queda tan solo Luis sin llorar
 I el denodado juvenil par.

Habla el mancebo con voz entera:
 «Todo es exacto i es verdadera.
 De ese ensañado la relacion!
 Mas de los Francos la tradicion:
 I antiguas leyes ahora invoco:
 Mi duro caso fio a mi diestra!
 A vida i muerte, Luis, te provoco
 I a cuantos bajen a la palestra
 Por tí, seis sean o sean siete
 Juntos o aislados, a su talante
 Vengan! No aguarden a que les reste!
 Aquí os arrojo sin mas mi guante.
 Luis de aquel lado ¡de este otro yo!»

Mas por Luis nadie sale adelante;
 I él dice, alzando los hombros: «nó!
 No hai quien se bata con un traidor
 Ménos un hijo de Emperador!
 ¿Qué es el susurro del trono al frente?

¡Qué! vos Obispo de Riom? ¿acaso
 Quereis del llanto con el torrente
 Torcer de Cárlos el recto paso?
 ¿Que impune deje tanto cinismo,
 I con la culpa se cargue él mismo?
 ¡Seria el triunfo de tanta audacia.
 Nó, Augusto Padre, nada de gracial
 Señor jurásteis con saña austera»:—
 —En su voz zumba feroz se vicia.
 «Si encuentro al crimen en mi carrera,
 No le haré gracia, le haré justicial!»
 «Por San Dionisio lo habeis jurado;
 ¿Quereis perjuro ser condenado?
 Si hoi su enerjía la lei doblega,
 Cuando el delito mas alto llega,
 Esa esperanza va a dar alientos
 A los futuros atrevimientos!—
 Ved, si en la tierra quereis que estimen
 Aun de Carlos la rectitud!
 Si impune queda tamaño crimen
 Adios Imperio! i adios virtud!»

Entonces el Duque, prudente anciano,
 Conduce al centro de aquella rueda
 Un monje gordo: «Quizá este hermano,
 Dice, auxiliarnos, Señores pueda,
 El fué quien trajo la nueva triste
 De aquella fuga: La confidencia
 Que en gran sijilo, monje, me hiciste
 Di aquí de todos en la presencia».
 Hace hasta el suelo su reverencia
 El fraile, i dice: «Gran Majestad!
 Yo soi el monje que de Arles vino,
 I que no obtenga favor divino,
 Si no dijere pura verdad».

Fino i astuto, luego al par mira;
 I su mirada confianza inspira,
 Que es amistoso su buen semblante.
 «No merecieras mozo arrogante
 Que por tí diese mi testimonio;
 Todos mis huesos creo rompiste
 Cuando a escucharme me compeliste
 Vanas palabras de matrimonio.

Ese recurso no es salvador!
Que entre los Francos no hai casamiento
Cuando a la novia consentimiento
Para el enlace no da el tutor.
Pero existe otro, mi Emperador:
(I al par por bajo: «sígueme atento»)
Que la inocencia de esta pareja,
Pura i en claro como el sol deja.
Siento por ellos gran simpatía:
Si aun me duele su grosería.
Pagar humildes nos aconseja
La ofensa propia con beneficio
Quien por nosotros fué al sacrificio;
Pues bien, afirmo, de mui buen grado,
Que el par de reos está hechizado!
Arróbamiento i estremos tales
Les vi a caballo, cual no vi iguales,
I ser no pueden cosas normales!
No eran terrestres demostraciones,
Se iluminaban esas facciones
Como con éxtasis celestiales,
I de sus ojos la lumbre era
Como el destello de otra alta esfera.
Yo mismo, anciano sentí el fluido
Del Sortilejio desconocido
Del fuerte mozo i esposa bella
La sobrehumana felicidad,
A mi marchito cuerpo centella
Lanzó, turbando mi ancianidad!
Desde que el mundo mi planta huella,
Nunca he sentido tal impresion!
¡Bien! Es sabido que en Aviñon
Hoi vive mucho ruin nigromante;
¡Hijos! por cierto, que alguno os hizo,—
Con ignorado, secreto hechizo,
(Pensad! — acaso deis al instante! —)
Fué en una copa talvez el dolo,
De algun banquete, sin duda, en medio,
No la apurásteis, libásteis solo,
I os abismásteis, ai! sin remedio!
Con filtro estaba la copa llena!
I estais exentos de culpa i pena».

Clamor alegre llena el capítulo,
 «Es eso ¡es eso! fué un filtro mágico!
 Gracias al cielo que el fin no es trágico.
 Declarad, Cárlos, que a justo título,
 Queda el par joven libre i absuelto!»

Mas terminado que hubo el bullicio,
 Esclama el joven firme i resuelto.
 «¡Fuera el embuste del maleficio!»
 I a su vez ella: «de mí alabanza
 No aguardes monje por esta chanza»
 I los dos hablan como a porfia,
 (A Naims causando mayor tristeza).

«¡Propia del joven es la franqueza!»
 Nó! so pretesto de hechicería
 De amor no vamos a renegar!
 «De nuestras almas el fuego sacro
 ¡Qué ¿salir siendo vil simulacro?
 Qué? de Alta Guardia los juramentos
 Ante Dios hechos ¿hoi olvidar?
 ¡Nó! no se trate de encantamientos
 Lo que en el mundo siempre ha ocurrido
 Cuando se encuetran hombre i mujer.
 Que en lazo eterno, Supremo Ser
 Ligó aun antes de haber nacido.

Cárlos esclama: «¡locos amables!
 Oh Naims amigo, ¡yo bien sabia
 Que tu ardid tosco se estrellaria
 En corazones tan inflamables.—
 Irremisible de él es la suerte!
 Mas a tí, acaso, novia rehacia,
 (Oh cuán amable brilla su gracia!)
 De las cadenas podré absolverte
 Con que amenaza ya tu existencia
 De estrecho claustro la penitencia
 Si no trasforma tu corazon
 Honda i sincera la contricion!
 Cuando a Oliveros vea en el cielo
 ¿Qué he decirle? Que sin consuelo,
 Tu infamia purgas en reclusion?
 Oh! dulce niña, declara aquí
 Ante tus jueces, que el frenesí
 De tus amores has abjurado!

Que te arrepientes de tu pecado,
 I pleno indulto tendrás de mí»
 Ella con risa de compasion
 Se torna entónces al Soberano:
 ¡Oh Cárlos-Magno! sabio varon;
 Oh sabio Cárlos, ya tan anciano,
 Aun podrías vos ignorar
 ¿La omnipotencia de amor, sus artes?
 ¿Desertó él nunca sus estandartes?
 ¿Debo a Ildegarda yo recordar,
 Que tanto amásteis a vuestra vez?
 Ved! en vuestro alto sitial de juez
 Su nombre os hace, Señor, temblar!
 Yo doi ¡oh Cárlos! mi vida entera
 Por solo un beso de Rolandin,
 I he de seguirlo fiel hasta el fin!
 ¡Aunque por ello mil veces muera
 Aunque él mismo haya de perecer,
 (Única angustia que me lacera)
 He de volver, Señor, a hacer!»

— ¡Bien! Si la enviasen al claustro ahora,
 Esclama el jóven con voz sonora,
 Cuando cubierta del blanco velo
 A consagrarla fuesen al cielo,
 De los altares la arrancaría,
 Su único esposo yo gritaría
 Mirad ¡Oh Santos, teneis aquí!
 A ningun otro, Santos, que a mi
 Puede Yolanta pertenecer!
 ¡Nos haga un rayo desaparecer!

¡No mas blasfemias, clama Luis, deje
 Padre tu ira sentir al falso;
 Que ella a una celda tras de la reja.
 I él, sin demora, vaya al cadalso!

Cárlos solloza con hondo afan
 I en torno mira con inquietud.
 ¡Dar al verdugo tu hijo ¡oh Roldan!
 I no hai por dónde venga salud!

De su caballo, dentro del foro
 Un empolvado jinete salta:
 ¡Señor! auxilio! No fuga el moro,

En la fragosa Sierra Parte-Alta
Torna sus fuerzas a reunir.
Que está perdido, sabe pardiez!

Mas no se quiere, Señor, rendir!
A sus agudós dardos de blancos
Estan sirviendo los pechos Francos.
Requiere el caso gran rapidez

Entónces brota luz celestial
Del imponente rostro imperial.
—Jamás se ha visto tan bello a Cárlos. —
I dice: ¡Hijo de Roldan, listo!
¿Oyes? Hai moros! Vuela a encontrarlos!

Ante él de hinojos cae el mancebo:
¡Gracias eternas, Señor, os debo!
Naims, padre mio, para el final
Combate, dadme mi Durandal!
La vaina arrojo, ved: voi desnudo,
Sin coselete, yelmo ni escudo!
En mejor sitio luego los dos
Nos uniremos; mi esposa, Adios!

—No puede, amigo, ser esto así!
Vé cómo escarba tu buen corcel
Con impaciencia; lo llamé aquí:
Que reclamamos también yo i él,
Segun la antigua querida usanza,
Nuestras dos partes en esta andanza.
Ven, noble Dardo, que otra vez sola
Yo te engalane melena i cola
Con cintas gayas i anillos de oro,
Como atavia su alfana el moro.
Tú a nuestra dicha nos condujiste
Del Alto Guardia tú nos trajiste
Dardo, hoi se trata, de la tercera
De tu postrera gran cabalgata.
¡Arriba, amigo! — Ya estoi encima!
De ágil jinete darásme estima;
—Bien! con mis brazos ya te circundo.
Aun un beso final, profundo!
¡Ahora, Dardo, vuela lijero!
Decid ¡oh Cárlos! a mi Oliveros:
Tu hija Yolanta te ha hecho honor.

Como se debe supo morir,
 Firme i constante, sin desmentir
 Ni ante la muerte su tierno amor!»
 Ya el Dardo emprende veloz carrera,
 En pos los Francos volando van
 Tras de honras sirven, en su postrera
 Jornada, al hijo del fiel Roldan!

De dolor Cárlos el llanto suelta:
 A Aquisgran, Duque, demos la vuelta!
 Quiero reposo; no puedo mas,
 Allá mis ojos tú cerraras.
 Ser necesario ya aquí no creo;
 Que temerario del Pirineo
 Jámas el moro vendrá al Confin,
 Despues del triunfó de Rolandin.»

En Naims se apoya: del trono baja
 Pero en su marcha su hijo lo ataja:
 «Señor, triunfantes los dos malvados
 Cayeron juntos en la llanura.
 No les envidio la suerte, a fé!
 Pero yo nunca soportaré
 Que los que mueren amancebados,
 Cristiana obtengan la sepultura.»

«Naims, te encomiendo, prorrumpe Cárlos,
 Que al par de amantes impetuosos
 Se dé el mas bello de los reposos
 I ante todo, ¿oyes?—no separarlos!»
 I Naims se inclina mudo, asijido.

Torna la jente: le trae nueva
 De la victoria i al par le lleva
 Sobre sangrientas andas tendido!
 De un laurel coje su mano mustia
 Dos verdes gajos i de una rama
 Rosas gemelas, que en muda angustia
 Sobre sus caros muertos derrama.
 Besa sus rojas heridas. Luego
 Manda una pira formar, i en fin
 Ve que a Yolanta i a Rolandin
 Lame con lenguas vivas el fuego
 I la ceniza que los resume
 Pura i ardiente llama consume!..